



La deuda que nunca termina

Reflexión basada en Romanos 13:8-14

por Daniel Urdaneta

En una época donde las deudas financieras suelen causar preocupación, el apóstol Pablo nos habla de una deuda que nunca deberíamos dejar de tener: la de amarnos los unos a los otros. “No debáis a nadie nada, sino el amaros unos a otros”, escribe en Romanos 13. Este llamado no es una teoría ni un ideal inalcanzable, sino una forma práctica y urgente de vivir como creyentes en medio de un mundo que muchas veces camina en dirección contraria al amor verdadero.

Pablo nos invita a ver el amor como una deuda permanente. No se trata de una obligación pesada, sino de una actitud constante: cada día, cada encuentro, cada conversación es una oportunidad para amar. ¿Cómo se paga esta deuda? Escuchando con atención, sirviendo sin esperar recompensa, perdonando incluso cuando no nos lo piden, y dando pasos hacia la reconciliación aun cuando cueste. Es un amor que actúa, que construye, que evita hacer daño. Por eso, Pablo afirma que quien ama al prójimo ha cumplido la ley.

Amar, entonces, no es solo una emoción; es una decisión práctica. Significa cuidar lo que decimos, cómo lo decimos, cómo tratamos a quienes nos rodean. Amar es evitar hacer daño, no solo en lo evidente, sino también en lo sutil: un comentario que hiere, una actitud

indiferente, una omisión que deja frío el corazón del otro. El amor no es una capa superficial que nos ponemos los domingos; es el tejido con el que se viste la vida diaria del cristiano.

Y justo ahí, Pablo nos sacude con una advertencia: ya es hora de despertarnos del sueño. No hay tiempo para la pasividad espiritual. No podemos vivir como si tuviéramos todo el tiempo del mundo, porque el día se acerca. La noche, ese estado de indiferencia, egoísmo y pecado, está avanzando, pero nosotros hemos sido llamados a vivir como hijos del día.

Por eso, vestirnos de Cristo no es solo una metáfora bonita: es una urgencia. Significa llenarnos de su carácter, de su compasión, de su justicia. Significa dejar de alimentar lo que apaga nuestra luz: el orgullo, la crítica, el rencor, la pereza espiritual. Y no se trata solo de dejar cosas malas, sino de tomar decisiones buenas: elegir orar, elegir servir, elegir perdonar, elegir callar cuando la carne quiere gritar. Cada día es una nueva oportunidad para “ponernos a Cristo” como quien se pone una armadura: sabiendo que en Él tenemos todo lo necesario para resistir, amar y brillar.

Este pasaje no es una exhortación para los muy espirituales ni un ideal imposible. Es una invitación diaria y práctica: paga tu deuda de amor. No esperes a sentirlo, no busques excusas. Si conoces a Cristo, ya tienes todo lo que necesitas para amar. Que nadie se cruce contigo sin haber recibido un reflejo del amor del Señor. Porque cuando amamos así, mostramos al mundo que estamos despiertos... y esperando su regreso.

¿Quieres comenzar hoy mismo? Piensa en una persona con la que puedes tener un gesto de amor concreto... y hazlo antes de que se ponga el sol.

Dios nos bendiga a todos.